

nueva consorte de entre la turba de los reyes, sacándola del seno de aquella casa de Austria, á la cual habia pertenecido María

se una idea del estado aflictivo en que todos se hallaban, y el que lo vió, cuando se acuerda de ello no puede menos de llorar. Hay cosas que causan tal impresion que es imposible olvidarlas.

En aquel día tan cruel se presentaron varias damas de la corte para ver á la emperatriz; pero no pudo recibir á todas: entre las que entraron en su cuarto, debemos contar á la condesa de Montalibet, la cual estaba tan triste que todos lo notaron, y dió á la emperatriz las mayores pruebas de afecto.

Para salir se habian señalado las dos de la tarde. Llegó el fatal momento, y la emperatriz salió de las Tullerías para no volver jamas. Un destacamento de la servidumbre siguió detras de ella. Los coches estaban en fila en el patio: cuando entraron en ellos, el emperador iba á pasar revista, y la tropa estaba sobre las armas, de modo que todas las avenidas del palacio y sus alrededores, así como el interior del patio, estaba lleno de gente que venia, parte por curiosidad y parte por el interes que tomaba en las cosas de la emperatriz. Los de la comitiva cuando entraban en sus carruajes, si no lloraban para que el público no lo notase, pasaban por medio de la multitud de espectadores sin casi saber lo que hacian.

El primer día, y especialmente la primera noche, fueron muy penosos para la emperatriz que estaba sumamente afligida, pero no enferma. No pudo sosegar en toda la noche, y pasó la mayor parte de ella en conversacion. Su corazon estaba lleno de pesar y se lamentaba de su suerte; pero esto lo hacia en términos tan dulces y con tal resignacion, que cuanto se ha dicho sobre ella es una falsedad. En cuanto decia no manifestaba la menor queja contra nadie: hablaba del emperador con el mismo respeto y con el mismo afecto que antes. No derramó todas las lágrimas que se le antojó hacerle derramar el autor de las *Memorias contemporáneas*. La emperatriz sufrió, y sufrió mucho como esposa y como madre por ver su amor abatido, pero sufrió con valor su desgracia y no varió nada en lo que tenia de costumbre. ¿En la Malmaison no estaba en un sitio que ella misma habia creado? ¿no estaba todo este palacio lleno de cosas que la recordaban lo pasado, con lo que gustaba entretener su vida nueva? En los primeros momentos la violencia del golpe la tenia aturdida, y es preciso ademas no atribuir su pesar á pérdida del puesto que tenia en el trono, sino al sentimiento que le causaba la separacion para siempre del emperador. Tambien la sirvieron de gran consuelo sus hijos, las frecuentes visitas de las personas de su afecto que consiguieron poderla seguir en su retiro.

El afecto que los cortesanos sabian que el emperador habia manifestado tener á la emperatriz, los puso en grandes apuros despues del divorcio, cuando ya estuvo establecida en la Malmaison. ¿Qué haremos?.... esta era la gran cuestion que se proponian á sí mismos, y no todos tenian va-

Antonieta. Fué cosa nueva el ver á Napoleon muy afanado disponiendo blasones, ceremonia, comitiva, regalos, complaciéndose

lor para resolverla. Entre ellos hubo algunos, que no atendiendo mas que á lo que les dictaba su corazon y su justa gratitud, fueron á la Malmaison á visitar á la emperatriz; pero hubo muchos á quienes el interes de su ambicion dejó sin saber qué hacer, y que antes de resolverse esperaron que el amo se explicase. Habló, en efecto, y preguntó á varios de los grandes personajes que asistian á su corte de por la mañana, si habian ido á visitar á la emperatriz Josefina. La respuesta era escabrosa: ¿se debía ó no se debía ir? Los que no habian ido se contentaron con hacer una gran cortesía para contestar que no: otros daban á su cortesía una apariencia de afirmativa; pero todos contestaban entre dientes, de modo que el emperador no pudiese entender lo que decian. Entonces, viendo el emperador el apuro en que los habia puesto, tomó la palabra y les dijo con aquel agrado que sabia mostrar cuando queria: "Señores, no me pareceo bien hecho.... es preciso ir á ver á la emperatriz Josefina." Apenas se concluyó la corte, el camino de la Malmaison estaba plagado de carruajes, y los cortesanos satisfechos porque el emperador ya se habia explicado.

Desde entonces las vistas no cesaban, porque todos iban á tributar sus respetos á la emperatriz, volvieron como antes y fueron recibidos. Cuando el emperador veia en su corte alguno de los que iban con mas frecuencia á la Malmaison, le hablaba con afabilidad, le preguntaba cómo estaba la emperatriz, y muchas veces le encargaba algo para ella. Así era como el corazon del hombre se esforzaba en cerrar la llaga que le habia hecho la política del soberano, y se mantuvo con toda la consideracion política que la correspondia, consolándose fácilmente de no ver sino muy rara vez la familia del emperador.

El emperador iba algunas veces á la Malmaison á ver á la emperatriz, pero estas visitas eran raras. Avisaba con anticipacion, y siempre parecia que tenia algo de ceremonia y de sujecion, é iba acompañado de dos de los grandes oficiales de la corte que estuviesen de servicio. Apenas se veía el coche del emperador, salia la emperatriz á encontrarse con él al momento de llegar. No se abrazaban, pero el emperador la daba el brazo, ó mas regularmente la mano, y daban un paseo por los jardines; á veces se sentaban en un banco y estaban hablando por mucho tiempo.

Es verdad que Napoleon para mantener la paz de su nuevo matrimonio, llegó tambien á sacrificar el gusto que tenia de hallarse con una mujer á quien habia profesado un estremado cariño y constantemente amaba, como aparece de algunas cartas que el emperador la escribió, no dejando nunca en ellas de prodigarla el nombre de mi querida Josefina, y por lo mucho que se interesaba en todo lo que tenia referencia á su antigua esposa. En efecto, la decia en una de ellas lo que sigue:

"Pon órden en las cosas y haz de modo de no gastar mas de seis millones de reales, y cada año

en hallarse á la cola de las antiguas razas, siendo el primero entre las dinastías populares.

Los buenos habitantes de Viena casi se sublevaron al ver marchar aquella princesa

podrás ahorrar otro tanto. Esto en el espacio de diez años te producirá sesenta millones para tus nietos. Es un gusto el poderles dejar algo y serles útiles. En vez de hacer esto, segun me dicen, estás debiendo, lo que parece muy mal. Ocupate de tus negocios y no des á quien quiere tomar. Si quieres darme gusto, haz de modo que yo sepa que tienes un gran tesoro, y puedes juzgar con esto cuán mal pensaria de ti si supiese que te hallabas empeñada teniendo doce millones de reales de renta."

Son tambien muy notables las cartas que vamos á insertar, escritas por Napoleon y la emperatriz con motivo del regreso de Josefina á la Malmaison, de donde se habia ausentado por particular disposicion del emperador. He aqui las cartas:

"Navarra, 19 de Abril de 1810.

"Señor:

"He recibido por mi hijo la seguridad de que V. M. consiente en que me vuelva á la Malmaison, y que me ha concedido se me anticipe lo que he pedido para las obras indispensables á fin de hacer habitable el palacio de Navarra.

"Este doble favor disipa, señor, en gran parte la inquietud y el temor que el largo silencio de V. M. me habian causado de que ya no se acordaba de mí; pero veo que no es así. Por tanto, el día de hoy soy menos infeliz, y aun puedo decir que soy tan feliz como es posible en mi situacion.

"A fines del mes iré á Malmaison, puesto que V. M. no tiene inconveniente en ello; pero debo decirlo, señor, que no me habria aprovechado tan pronto de la libertad que V. M. me ha concedido, si el palacio de Navarra no exigiese para mi salud y para la de toda mi servidumbre obras urgentes. Mi proyecto es estar muy poco en la Malmaison, é irme despues á tomar las aguas; y mientras resida en la Malmaison puede V. M. estar seguro que viviré como si estuviese á mil leguas de Paris. Señor, he hecho grandes sacrificios, y cada día conozco mas cuán grandes son. No obstante, el presente será, como debe, enteramente por mi parte, y V. M. no sufrirá incomodidad ninguna por mis quejas.

"Pediré siempre á Dios que V. M. sea feliz, y tal vez le pediré tambien que me conceda volverle á ver; pero V. M. debe estar persuadido que siempre respetaré su nueva situacion: la respetaré callando, confiada en el afecto que me profesaba en otro tiempo; no exigiré ninguna prueba de él, y todo lo esperaré de su justicia y buen corazon.

"Solo pido á V. M. una gracia, y es que se digne V. M. mismo buscar un medio de convencer alguna vez á mí y á los que me rodean, de que aun se acuerda de mí, y que le merezco algun afecto. Este medio será el que tal vez mitigará

arrojada en brazos del enemigo para aplacar. En Paris á la llegada de María Luisa se presentó otra vez en la corte la nobleza antigua que antes se habia mantenido alejada de aquella gente nueva; se restablecie-

mis penas, sin comprometer, segun creo, lo que principalmente me importa, que es la felicidad de V. M."

Esta carta, llena de resignacion, y en que la emperatriz se explicaba con tanta nobleza, y expresaba tan tiernamente el estado de su corazon, hizo muchísima impresion en Napoleon, y entonces no encargó á otro que contestase, sino que él mismo contestó casi al momento la carta siguiente:

Compiegne, 21 de Abril de 1810.

"Amiga mia: recibí tu carta de 19 de Abril; es de muy mal estilo. Yo soy siempre el mismo; las personas como yo nunca varian. No sé lo que te habrá dicho Eugenio: no te he escrito porque tú no me escribiste, y mi único deseo es hacer cuanto te puede ser agradable.

"Tengo gusto en que vayas á la Malmaison y en que estés contenta. Tendré mucho placer en que me des noticias de tí, y yo te las daré de mí. No te digo mas hasta que hayas comparado esta carta mia con la tuya; y despues que lo hayas hecho, quiero que tú misma juzgues quién es mejor ó mas amigo, tú ó yo.

"Adios, amiga mia, mantente buena y sé siempre justa contigo y conmigo."

Es fácil figurarse la alegría de Josefina con una carta tan cariñosa, y así cogiendo la pluma escribió la siguiente con toda prontitud:

"Mil y mil tiernas gracias de que no me has olvidado. Mi hijo acaba de entregarme tu carta. ¡Con qué ansia la he leído! pero con todo he gastado mucho tiempo, porque cada palabra me ha costado muchas lágrimas; pero ¡qué dulces lágrimas! He vuelto á encontrar mi corazon entero, y tal como será siempre; porque hay sensaciones que son la misma vida, y que no pueden acabarse sino con ella.

"Habria sentido infinito que mi carta del 19 no te hubiese agradado; no me acuerdo precisamente de sus espresiones; pero bien sé el sentimiento que la habia dictado, que era la pesadumbre de no recibir carta tuya.

"Te escribí al salir de la Malmaison, y luego ¡cuántas veces habria querido hacerle! pero conocia la razon de tu silencio y temia importunarte: la tuya ha sido un bálsamo para mí. ¡Ojalá seas feliz! ¡Ojalá lo seas cuanto mereces! Mi corazon todo entero es el que te habla. Acabas de darme una parte de felicidad, y una parte bien apreciada. Para mí nada equivale á una muestra que me des de que te acuerdas de mí.

"Adios, amigo mio: te doy las gracias con la misma ternura con que te amaré siempre."

A pesar de que la emperatriz Josefina se manifestó siempre afectuosa y tierna con Napoleon y presurosa á prodigar sus beneficios, no tan solo á las personas de su corte, sino tambien á muchos estraños que solicitaban su proteccion, al-

ron las grandes dignidades, y á los uniformes militares sucedieron los trajes de corte. El nacimiento de un hijo [1811] al cual dió el título de rey de Roma, le pareció que consolidaba su dinastía y vino á aumentar el descontento en aquellos de sus parientes que esperaban poseer la herencia imperial.

gunos se han atrevido á tachar de egoísmo á esta señora, verdadero modelo de desprendimiento personal, para quien la abnegación humana parecía haber extendido sus límites, y que no obraba ni pensaba mas que para los otros y nunca para sí. Esta imputación irrita verdaderamente al que la ha tratado. En prueba de ello vamos á referir un hecho que está consignado en un libro no muy vulgar escrito por Mme. M. A. Le Normand, titulado: *Souvenirs prophétiques d'une Sibylle, sur les causes secrètes de son arrestation*, &c.—Paris, 1814.

"Me trasladé al palacio de la reina Hortensia (es Mlle. Normand quien habla), calle de Cerutti, en donde vi á la buena Josefina que estaba en compañía de su cariñosa hija. Ambos semblantes expresaban mutuamente el sentimiento del mas profundo dolor.... Habiéndome quedado sola con esta señora tan sensible, pasé casi dos horas conversando con ella, que me hablaba con una familiaridad amistosa y tierna. Fué entonces cuando me hallé en el caso de poder apreciar todo lo que valía esta noble víctima y su perseguidor. En esta entrevista Josefina me reveló cosas muy importantes, y pude calcular bien cuán grandes eran sus penas personales, y muy fundadas las sospechas de un porvenir, para ella aun mas desgraciado, porque preveía ya la suerte que estaba reservada á su infiel esposo.

"En esta circunstancia no le oculté que la visita que le hacia habria podido por un momento privarme de la libertad, añadiendo sin embargo que me reputaba dichosa de la confianza con que me honraba, y con especialidad de poder calmar las agitaciones de su corazón tan afligido. "¡Ah! le dije tambien, me juzgaria culpable á mis propios ojos si hubiese rehusado el honor que me habeis prodigado por temores meramente personales." Ella me contestó con un acento afectuoso: "Si os arrestaran por mi causa, olvidaré todos mis rencores." Esta escelente señora cumplió su palabra, y finalmente obtuvo que se me pudiese en libertad doce dias despues de haberse ejecutado el auto de prision contra mí."

Cuando cayó Napoleon no tuvo límites el dolor de Josefina. "¿Por qué, exclamaba, he consentido en esta separación? ¿Napoleon es desgraciado y yo no puedo partir con él su infortunio?" Cada periódico le despedazaba el alma. "Le acusan falsamente, decía: ¿quién puede saber mejor que yo que es todo lo contrario de lo que dicen?"

Aunque la política impone muchas veces el cumplimiento de ciertas ceremonias y etiquetas palaciegas, las acciones virtuosas y los ultrajes á la buena moral, conmueven los ánimos de los personajes mas ilustres, que lejos de sofocar sus sentimientos, se apresuran á manifestarlos por la sencilla razon de que las acciones virtuosas dan mucha satisfacción á los que la practican y gran-

Creó que aumentando la opresión y reforzando el despotismo administrativo, cesaría toda resistencia; y entonces (1810) estableció el código penal como si fuera un asunto de policía, como un medio de tener á raya á los nobles, á los clérigos, á los escritores, á los bribones. La parte espositiva de este código, respira en todos sus pasajes profundo desprecio á la humanidad y una íntima persuasión de que no se contiene á la sociedad sino con gendarmes; y en cuanto á la parte dispositiva, todo tendía á afianzar la seguridad del soberano, nada á garantizar los derechos del súbdito. El terror habia familia-

jean el afecto del público. Así es, pues, que los cortesanos de mas alta categoría y los mismos monarcas extranjeros no dejaron de profesar nunca mucho respeto para con la desdichada emperatriz Josefina.

Despues de haberse verificado la abdicación de Bonaparte, el emperador Alejandro la trató con particular distinción, y la visitó con frecuencia. A pesar de las lágrimas que se desprendían de sus ojos, estuvo condenada á recibirle y á presentarse alegre y amable. Pero algunas veces era tan grande su conmoción, que tenia que retirarse para llorar á sus anchuras, porque la consumía la incertidumbre sobre la suerte de sus hijos. El infortunio del hombre á quien miraba caído de la cumbre del poder y cobardemente calumniado, le causó una agitación que no podía calmar. La que con tanto valor habia hecho frente á los peligros de la revolución, porque le eran personales, no pudo soportar la idea del infortunio de aquel á quien mas amaba en el mundo. Era demasiado sensible su corazón para sobrevivir á semejante desgracia. Tantos y tan distintos tormentos encenderían su sangre, y la acometió de repente una inflamación á la garganta que puso en peligro su vida. Había, sin embargo, de recibir la visita del rey de Prusia, y se levantó del lecho, pero tuvo que retirarse al momento, no pudiendo resistir los dolores. Mostrábase, no obstante, tan llena de vida, que todavía no se concebían serias inquietudes. El emperador Alejandro le envió su médico, que la encontró muy mala, y fueron llamados igualmente los primeros médicos de la capital; pero ya no quedaba esperanza; y Josefina [Rosa Tascher de la Paciere], emperatriz de los franceses y reina de Italia, que nació en la Martinica el día 24 de Junio de 1763, murió el 29 de Mayo de 1814. Hubiera podido tomar desde sus primeros años estos lindos versos por divisa:

Y con ser tan hermosa
Aun era mas graciosa.

Algunos momentos antes de dejar de existir se la oyeron pronunciar por intervalos estas palabras: *¡La isla de Elba!... ¡Napoleon!*

Los últimos acentos de los moribundos son la mas viva expresión de las pasiones que han afectado su corazón durante el transcurso de su breve peregrinación en este valle de lágrimas y amarguras.

[Nota del traductor].

rizado á los franceses con la sangre, y así prodigaron tanto en aquel código la pena de muerte, la de marca y la de confiscación que castiga á la posteridad. Diéronse en él á la policía facultades desmesuradas; multiplicáronse las culpas calificadas de atentados contra la seguridad pública; se puso como precepto la delación; se suprimió el jurado á escepción de los casos de atentado contra las personas; creáronse muchos tribunales especiales, hiciéronse mas fáciles y arbitrarias las prisiones; estableciéronse cárceles de Estado donde todo aquel á quien se creía peligroso, podía ser detenido sin formación de causa, y por el simple dictamen del consejo privado del emperador. Otros muchos eran desterrados ó confinados por sola una orden del ministro, por una palabra, por un voto, en cuyo caso se encontraron tambien varias mujeres. Una vez el senado anuló la decisión de los jurados de Bruselas [1812], y mandó formar otra vez causa al gobernador de Amberes que ya habia sido absuelto legalmente.

LUCHAS RELIGIOSAS.

Teniendo Napoleon sometidos á su imperio los cuerpos, le parecia natural que lo estuvieran tambien las creencias y el culto. Teniendo de rodillas á los reyes ¿por qué no habian de estar á sus pies los sacerdotes?

En primer lugar, le pareció que debia ceder á su voluntad la antigua separación de los judíos, á cuyo efecto convocó en Paris el gran sanhedrin para que pudiese de acuerdo las prácticas israelitas con las del país. En éste se definió que la ley hebraica contenia disposiciones religiosas y disposiciones políticas, que las primeras eran absolutas, al paso que las segundas, destinadas al gobierno de Israel, en la Palestina, no podían ser aplicables despues de disuelta la nación. Por consiguiente, se declaró prohibida la poligamia, desusada en Occidente; se determinó que precediese el acto civil del matrimonio al acto religioso; que los judíos se conformasen con las leyes civiles en cuanto al divorcio, al repudio y al levirato (1); que era lícito contraer matrimonio con personas de la religión cristiana; que debia considerarse como hermano á todo el que reconociera un Dios creador; que todo israelita reconocido por la ley como ciudadano, debia conformarse con el código civil en todos sus contratos y préstamos; que si era llamado al servicio militar quedaba dispensado de la observancia de los preceptos religiosos incompatibles con éste; y por último, que si bien los israelitas seguían con preferencia las profesiones mecánicas y liberales, debían al mismo tiempo adquirir bienes raíces como medio de adhe-

(1) Ley de Moisés que mandaba al hermano de un difunto casarse con su viuda.

rirse mas á su patria y de obtener la consideración general.

Bonaparte, hijo de la revolución, habia mostrado respeto al islamismo en Egipto, y reconstituido despues con el concordato, no solo al catolicismo, sino tambien la supremacía del Papa en el hecho de haber recibido de sus manos la corona. A esto le indujo el deseo de oponer á la insurrección de la Vendée una especie de legitimidad uniendo en su persona los derechos de la revolución y los de la consagración, y la esperanza de robustecerse contra los reyes hereditarios á quienes queria atacar. Pero lo que él tomó por simple fórmula pareció otra cosa muy distinta al buen juicio público, el cual no se limita á sacar de una premisa las consecuencias que sus jefes desean, sino que pasa á deducir otras por su cuenta. Surgieron, pues, pensamientos en contradicción con los del conquistador, y le pareció usurpación el haberle privado de la facultad de deprimir un perdon á quienes él mismo habia ensalzado. Pocos dias despues del concordato publicó varios artículos orgánicos que presentó juntamente con aquel al cuerpo legislativo; pero el Papa no los habia reconocido, antes bien en un consistorio [24 de Mayo de 1802] se quejó de este fraude y luego protestó contra la tiranía que trataba de imponerse al pontífice (1), hasta el punto de pretender que en su consagración jurase no atentar contra las libertades galicanas. Habíase hecho esperar á Pio VII, que viniendo á coronar á Bonaparte, obtendría la abolición de tales artículos, pero no fué así; lejos de eso no tardó Napoleon en trastornar el edificio católico en Alemania, destruyendo los principados eclesiásticos, y distribuyendo los pueblos sin consideración á su religión ni á su índole. Pio no podia sufrir tan grandes novedades sin quejas y protestas; pero Napoleon pretendia no haber dejado de aniquilar el pontificado sino para hacerlo su instrumento y tener á su disposición los rayos de Roma á fin de dirigirlos contra sus enemigos. En las conferencias de Tilsit habia visto que la religión no imponía la menor traba á Alejandro: ¿por qué, pues, se las habia de imponer á él? Por tanto, valiéndose del acostumbrado pretexto de protección contra los ingleses, ocupó á Ancona y las Mareas; hizo á Talleyrand príncipe de Benevento, y á Bernadotte de Pontecorvo; mandó al Papa que cerrase el puerto de Civitavecchia á los géneros ingleses, que le entregase á Luciano, refugiado en su territorio, y que pronunciase el divorcio de Gerónimo. Pero los Papas que habian defendido la santidad del matrimonio contra los señores feudales, ¿no habian de defenderlo entonces contra aquellos príncipes advenedizos que querían cambiar sus mujeres plebeyas por otras de estirpe régia? Exigia además Napoleon que una tercera parte de los cardenales fuesen franceses con voto en

(1) En Artaud, Vida de Leon XII, cap. 39.